

AENA 0-Aerolíneas 10

Viajamos a Buenos Aires para estar con nuestra hija en la hora del parto de nuestra nieta Maia. De Barcelona salimos casi dos horas tarde y eso lo fastidió todo como luego se verá.

El avión y el vuelo estuvieron apacibles y bien servidos. Pedí sacar la nariz en cabina pero la tormenta inicial no ayudaba. La música era excelente y la comida, potable. Como Diana es de mucho madrugar y me hizo levantar a las seis, medio nos dormimos en el cacharro volador. Entre sueño y sueño disfrutamos de unos auriculares divertidos a través de las cuales un cómico argentino, no sé si llamado Cacho, de altísima calidad, relataba sus penas con un punto de autoironía que es muy típico de ese país que siempre fue maravilloso y nunca se lo creyó del todo —y por cierto cuando se lo creyó fue mal, peor que nunca—.

El Hotel Central, donde nos refugiamos al llegar a Buenos Aires, luego de llegar, está en la esquinita de Solís con Alsina. De ahí hasta donde vive mi hija y residimos, pasamos una de las medias noches más rocambolescas de la ya de por sí complicada vida que nos llevamos en los últimos 25 años, un cuarto de siglo a ritmo de marcha turca.

Déjenme intercalar que Alsina fue el gobernante, de origen probablemente catalán, al que no se le ocurrió otra cosa que querer separar la Tierra de Fue-



PASQUAL MARAGALL

Crónica de un viaje Barcelona / Buenos Aires

go, la punta de la bota, del resto del continente, para que los indios no pudieran marchar para el norte. En realidad, el Sur (y las largas marchas a pie) es elemento indispensable para comprender a este país de caminantes. País en el que, por cierto (y en mala hora), se suprimieron los trenes de largo recorrido para consagrar al nuevo rey de la tierra, el automóvil, y para beneficio de los nuevos ricos del mundo, los petroleros.

Pues bien, en la esquina de Alsina y Solís, en un solícito hotelito, pasamos Diana y yo media noche por lo que justo ahora explicaré.

El avión no fue puntual debi-

do a problemas en AENA (Asociación Española de Navegación Aérea, antes creo que Asociación Española Nacional de Aeropuertos, o sea dos veces nacional, algo hemos retrocedido en nacionalismo). El caso es que el avión llegó tarde —sólo una hora tarde gracias a la pericia de los pilotos— pero lo suficientemente tarde como para que sucediera lo que ahora les cuento.

Mientras en el aeropuerto Diana conseguía, la verdad todavía no sé cómo, recuperar el enorme cajón que contenía un precioso cuadro alargado que pendía de la pared de mi habitación de trabajo en Barcelona, para que los hijos tuvieran acá una fiel imagen de nuestra ciudad, yo me fui andando a la otra terminal de Ezeiza para ver de encontrar a los hijos, que extrañamente no aparecían. ¿Estarían de parto? En realidad, no sería extraño: a eso habíamos venido; al nacimiento de nuestra nieta argentina.

El caso es que al no encontrarlos en ninguna de las dos terminales agarramos un taxi y nos fuimos al domicilio de mi hija, donde escribo esto ahora en el fresquito de la noche de casi verano... sin encontrar entonces a nadie, a pesar de secar las tiras de todos los timbres que llegamos a tocar. Nuestros hijos, sin embargo, no estaban de parto, estaban deambulando desde mucho antes, inquietos por el retra-

do, por los dos Eceizas, el de la terminal A y el de la B. Sin encontrarnos.

Inquietud, pesquisas, policía... ¿No nos habrían raptado? Un susto mortal... mientras dormíamos como angelitos en el Central.

Finalmente, por métodos policiales que aún no he acabado de entender, se localizó el taxi en que habíamos viajado hasta el centro de la ciudad, se despertó al taxista, un auténtico crack que puso a nuestros hijos sobre la pista de nuestro paradero y hete aquí que nos despiertan en medio de la cálida noche bonaerense. Un fiel amigo de nuestros hi-

“El Sur es elemento indispensable para comprender a este país de caminantes”

jos se presenta entonces en el hotel; salgo a ver qué pasa en pija y nos cuenta lo sucedido. Son las cuatro de la madrugada de la noche más larga en muchos años. Porque antes del madrugada, en vista de que el hotelito provisional no servía comidas, me había ido yo hasta casi al Obelisco a comprar comida cocinada, por cierto excelente, que nos zampamos con gusto. En el trayecto, cómo no, tropecé con gentes que

me conocían y nos echamos fotos, que deberán llegar en su día a mi despacho de Barcelona.

En fin, todo acabó en boda, como se suele decir. Aquí estamos la mar de bien instalados, con unos hijos adorables, paseando por Buenos Aires y pasándolo bien.

Mientras esto escribo escucho en mi ordenador a Glen Gould interpretando música primero barroca y luego romántica: ahora suenan las sonatas de Beethoven. Y recuerdo el día memorable en que Daniel Barenboim, hace un año, interpretó cosas parecidas, pero también música argentina, en la 9 de Julio. Cuántos recuerdos, cuánta felicidad.

En el recuadrillo de debajo de mi ordenador van apareciendo intermitentemente avisos diciendo que estamos conectados y seguidamente que no lo estamos. La verdad es que los cambios que hay que hacer, entre Europa y América, en esos cacharritos llamados ordenadores sin los cuales no sabríamos ya vivir es cosa de expertos. Yo sólo sería incapaz de adaptarlos, pero mi mujer (que fue informática de profesión antes de cometer la osadía de casarse conmigo) y mi hija, que simplemente tiene la edad en que todos estos artilugios son un juguete fácil de manejar, me tienen bien asistido.

A ellas dedico ese artículo nocturno, mientras duermen placidamente en la noche argentina.

¿Feliz Europa 2009?

El año nuevo que se acerca promete poner más a prueba si cabe la construcción europea. La combinación de elecciones al Parlamento Europeo en junio de 2009, con el constante y exigente escrutinio que implica para los gobernantes del continente el buscar respuestas apropiadas a una crisis que se acrecienta cada día, pone a la debilitada Unión Europea en el centro de las expectativas y también de las críticas. En momentos como éstos resulta conveniente mirar hacia atrás y tratar de evitar el persistir en errores que nos han conducido justo donde estamos.

La cumbre de Lisboa de 2000 apuntó en una dirección que ahora muestra con toda su crudeza sus contradicciones y límites. La idea de combinar máxima competitividad económica con altos grados de la llamada “cohesión social”, puede resultar, en estos momentos de efusividad y buenos deseos, como una fenomenal carta a los Reyes Magos. Ocho años después, y tras ver como el empleo se desmorona en Europa, aumenta sin cesar la precariedad y cada gobierno nacional se busca la vida como mejor puede, no está la cosa como para tirar cohetes. El mes de octubre del año 2005, en una reunión *informal* de jefes de Estado y Gobierno, en Hampton Court y bajo la presidencia de Tony Blair, se avanzó lo que algunos conocen como la “agenda de Hampton Court”, en la que se pre-



JOAN SUBIRATS

“¿Qué más nos ha de suceder para que los actores sociales con voluntad de cambio salgan de sus guaridas local-nacionales?”

tendía aparentemente buscar maneras de avanzar en la globalización, sin que ello causara graves estropicios en las dimensiones de la justicia social. Como decía un comentarista de la BBC en aquellos días, “los líderes de la Comisión quieren demostrar que les preocupa la vida cotidiana de los europeos, y quieren lograr aumentar su seguridad, reducir el crimen y la inmigración ilegal, o abaratar la energía...”, pero después de largas parrafadas, pocas ideas concretas de cómo hacerlo”. Anthony Giddens afirmaba en un artículo publicado por el *think tank* europeo, *Policy Network* en 2006, “debemos introducir el concepto de justicia social en el nú-

cleo del debate sobre Lisboa. No basta con realizar declaraciones vagas sobre la reducción de la exclusión social... Necesitamos demostrar con hechos que la reforma (de Lisboa a favor de la globalización) podría promover la justicia social en lugar de erosionarla”. Pues bien, señor Giddens, aún esperamos que se nos demuestre con hechos ese alegato.

En pleno despliegue de la crisis producida por una manera reduccionista, por económica y financiera, de entender la globalización, observamos cómo se sigue produciendo la paradoja de que se habla de “modelo social europeo”, cuando de hecho existe una multiplicidad de maneras de afrontar las desigualdades sociales en Europa. Por otro lado, las propuestas de Andre Sapir en su informe de 2004 (más mercado único, más inversión en I+D, mejor política macroeconómica europea, más convergencia europea, más eficiencia en regulación, menos gasto en agricultura y redimensionar el presupuesto europeo), propuestas que obtuvieron notable consenso en estos años a pesar de no considerar los aspectos sociales, hoy han quedado obsoletas o desfasadas. Y a pesar de todo, es cierto, como ha afirmado uno de los políticos europeos que mantienen más credibilidad, Jacques Delors, que “la ficción de las soberanías nacionales y de la omnipotencia de los gobiernos nacionales es más sólida que nunca. An-

te este letargo contagioso, analizar, demostrar la utilidad de Europa... constituye una urgencia saludable”. Quizá ha llegado el momento de empezar a plantear en serio el espacio político europeo como aquel que permite estructurar alternativas de escala similar a los retos que la crisis nos plantea. Y para ello es evidente que el espacio y la lógica “Estado-nación” sea totalmente insuficiente. ¿Qué más nos ha de suceder para que los actores sociales con voluntad de transformación social salgan de sus guaridas “local-nacionales”? ¿Pueden los sindicatos seguir preocupándose o movilizándose ante las decenas, centenas, o miles de empleos amenaza-

Hay que evitar que lo social acabe en “políticas de final de cañería”

dos o simplemente perdidos, sin entender que la respuesta no puede ser sólo local-nacional? ¿Cuál es el sujeto político que encarna esas alternativas de otra Europa? ¿Pueden seguir decidiéndose el futuro de Europa en referendos país por país, en dinámicas en que se habla más de Carla Bruni, de las salidas de tono de Berlusconi o del nivel impositivo de Irlanda que de qué queremos que sea

Europa en los próximos años? Necesitamos dimensión política europea para afrontar una agenda europea y global. Necesitamos redes de actores europeas que planteen dilemas a la altura de los tiempos. La resistencia, la construcción de alternativas, o la simple voluntad de incidir en las políticas, nación a nación, país a país, ya no es posible. Hemos de abordar los problemas de Valladolid, Poble Sec, Roma y Kreuzberg, en clave europea, en matriz europea, sin olvidarnos de lo que ocurre en cada sitio, pero sin desconectarlo de lo que ocurre por doquier. La perplejidad de Europa refleja la perplejidad de sus élites y las urgencias desatendidas de sus bases sociales. Hace años, el politólogo alemán, pero buen amigo, Wolfgang Merkel, situaba en cinco puntos los elementos clave de la justicia social en términos contemporáneos: la lucha contra la pobreza como palanca de *empoderamiento* social, una educación lo mejor posible y lo más accesible posible, un empleo seguro para los que estén dispuestos y preparados, un sistema de bienestar que ofrezca protección y seguridad, limitar las desigualdades de renta si ponen en peligro los otros postulados. Para unos es insuficiente, para otros, excesivo, pero no sería un mal comienzo en momentos como los actuales. Convendría añadir un claro impulso de la economía social y cooperativa, para evitar que las políticas sociales se acaben convirtiendo en “políticas de final de cañería”, que gestionan residuos, pero no evitan su generación. Feliz Europa Social para todos y todas.